

# TERESA DE JESÚS EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE

## ENTRE LA “NOCHE OSCURA” Y “EN POS DE LOS LEVANTES DE LA AURORA”

DANIEL DE PABLO MAROTO

CARMELITA DESCALZO

“LA SANTA” - ÁVILA

La muerte de santa Teresa de Jesús un 15 de octubre de 1582 me sugiere las siguientes reflexiones. Quien piense que los santos son felices porque Dios se les revela, es el médico que sana su cuerpo y su espíritu, les da éxito en la vida, etc., les pido que borren de la mente ese cliché porque es falso. Más bien, sucede todo lo contrario: que a los santos Dios les concede no las glorias mundanas, sino ser imitadores del “crucificado” Jesús de Nazaret. Esta es la lección que nos enseña la hagiografía cristiana y los mártires de nuestro tiempo.

Esta historia les parecerá una acción injusta a los increyentes o a los fieles devotos que creen que la fe en Dios es un paraguas que les protege de las inclemencias de la vida, la enfermedad, la pobreza, la falta de trabajo, etc. Pero es la ley de la Providencia cuyos caminos “no son nuestros caminos”. Es posible que **el silencio de Dios** escandalice a los débiles en la fe, pero enamora a los escogidos para una misión especial en la Iglesia.

San Juan de la Cruz escribe a los que creen en el **Dios-tapa-agujeros**, que se puso de moda en el postconcilio: “Él (Dios) está sobre el cielo y habla en camino de eternidad; *nosotros, ciegos sobre la tierra y no entendemos sino vías de carne y tiempo*” (*Subida del Monte Carmelo*, II, 20, 5). Y algo más grave todavía, como defensor de la fe desnuda de apegos egoístas: “**No es de condición de Dios que se hagan milagros**, que, *como dicen*, (¡!), **cuando los hace, a más no poder los hace**” (*Subida*, III, 31, 9). Pero nuestro Dios, que permite la cruz, compensa con los dones del Espíritu Santo: la paciencia y la fortaleza para soportar la prueba.

¿A qué viene esta introducción aparentemente lejana del tema propuesto? A situar en ella a nuestra protagonista, Teresa de Jesús. Ella fue un ejemplar de mártir, “elegida” por Cristo para realizar en la Iglesia, y en la civilización occidental, una obra de gigantes, aun siendo una mujer marginada en la sociedad y en la Iglesia, y que todavía perdura, como la “reliquia” de su alma que se trasparenta en sus “autógrafos”, milagrosamente conservados.

Hoy, en el día aniversario de su muerte, recuerdo a los lectores **su experiencia del martirio cotidiano**, su “noche purificativa” y martirial, como ella misma confiesa: “Yo conozco una persona que, *desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores y otras maneras de padecer*, de falta de salud corporal [...]. Yo siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo” (*Moradas*, VI, 1, 7).

Cuando la Santa escribe esta página en 1577 tiene 62 años; hace “cuarenta años”, como dice ella, tenía 22. ¿Qué sucedió, a esa edad, en la vida de la monja recién profesa en el convento de *La Encarnación*? Lo que ella misma confiesa y confirman los testigos en los *Procesos* de beatificación como oído a las monjas del convento: había una monja que padecía una “grandísima enfermedad, y muy penosa” y lo sufría con paciencia, y Teresa pidió a Dios que “**le diese las enfermedades que fuese servido**”, siempre que, al mismo tiempo, le concediese la misma fortaleza para aceptarlas. Según su confesión, Dios aceptó su ofrenda y desde entonces en su vida sufrió toda clase de enfermedades (Cf. *Vida*, 5, 2). Sé que es una razón que la medicina científica no entiende, pero este es el hecho histórico y verdadero.

Descendiendo a la realidad de su vida, constatamos que lo escrito corresponde a la vivencia de las “noches pasivas del espíritu” previstas por san Juan de la Cruz, mucho más abundantes y dolorosas en los que recorren el camino espiritual hasta la santidad. La Santa Doctora lo ha experimentado casi en

---

la cumbre del camino como lo describe en las *Moradas* VI. En esa “noche” experimenta **un cierto abandono de Dios**, siente y sufre **su silencio** “en lo interior del alma”, como si estuviera en el “purgatorio” (¡!). Tiene una sensación o experiencia de **una inmensa soledad** porque “criatura de toda la tierra no la hace compañía”, es casi como una muerte del alma. Es **la noche** que sufre el alma antes de pasar a las *Moradas* séptimas (Cf. *Moradas*, VI, 11, 3-12).

Lo que describe en las *Moradas* son jirones de la propia alma, “noches oscuras” que está viendo mientras funda conventos, llorando de pena mientras arrastra su cuerpo enfermo y por no poder misionar para “salvar almas” por ser mujer; sufriendo las inclemencias del tiempo y los obstáculos de las autoridades civiles y eclesiásticas; la angustia por la falta de los dineros que no llegan; la persecución o incompreensión de los buenos, etc. “Noches oscuras” tenuemente iluminadas por “los levantes de la aurora”, soñados por Juan de la Cruz.

Pero la “noche” pasiva no solo la sufrió en el “tiempo de caminar”, sino que se adensaba en oscuridad mientras se acerca a la muerte. Es frecuente ver este fenómeno en la vida de los santos, también en los de nuestro tiempo: vivir en “noche oscura” hasta dudar de la existencia de Dios, un sentimiento de oscuridad y de abandono que a veces provocaba, en casos muy extremos, deseos de suicidio. Son solo nubes pasajeras que se viven en fe y en esperanza.

La madre Teresa soportó también la “noche” oscura al final de su vida, desde que salió de Ávila para la fundación de Burgos un 2 de enero de 1582, en pleno invierno de la meseta castellana. Ella, enferma de gravedad, tiempo hostil, con fríos y lluvias hasta impedir el paso por caminos embarrados; recepción displicente por parte del arzobispo que creía amigo y permisivo; larga espera de la licencia; penuria de vida de la comunidad que hacía sufrir a la Fundadora; abandono del único apoyo que le quedaba, el provincial P. Gracián. Y, por fin, la fecha de la inauguración el día 19 de abril de 1582.

Se hizo también “noche oscura” en el camino de retorno a su querido convento de *San José* en Ávila, donde esperaban las monjas hambrientas de pan y de presencia de la Madre. Meditaba en el camino las cosas que le quedaban por hacer y le hacían sufrir porque sentía que se le iba agotando la vida: la soñada fundación de Madrid; resolver los líos de la compra de la casa de Salamanca; sosegar el ánimo de algunas prioras medio rebeldes a la autoridad de la Fundadora y del Provincial. Y, al llegar al soñado descanso de sus conventos de Valladolid y Medina, rota por la enfermedad, se encuentra con unas prioras que descargan sobre ella antiguas rencillas. Días y noches de dolor. Y en Medina, la autoridad, quiebra el deseo de volver a Ávila, pero pasando antes por Alba de Tormes.

Y allí descansó para siempre en la noche del 4 de octubre de 1582, siendo al día siguiente, por capricho del calendario, día 15, quizá simbolizando que la “noche” oscura anunciaba y se convertía, por la muerte de una Santa, en una noche “**en pos de los levantes de la aurora**”, como glosó también san Juan de la Cruz. Murió tranquila, “hija de la Iglesia”, recordando sus pecados, esperando con gozo que iba a ser juzgada por aquel a quien había amado apasionadamente y que le decía: **Entra en el gozo de tu Señor**. ¡Descansa en la paz de Dios Andariega, **Doctora de la Iglesia** y Herald de Cristo!